

10. No solo de pan

Cuando el desastre golpea, el tiempo siempre parece ralentizarse. En esos segundos de peligro inminente, focalicé toda mi atención en el corazón de ese momento –que se desencadenaba en cámara lenta- para permitirme adaptarme y responder rápidamente. Se trataba de un accidente de auto. Nuestro reluciente camión Toyota de la ONU, mi orgullo y alegría con su radioteléfono de largo alcance que incluso me permitía hablar con colegas de lugares tan lejanos como Islamabad en Pakistán, se había hundido en la arena en su lado derecho mientras bajábamos virando por una duna. Todos reaccionamos al unísono a cámara lenta y de alguna manera tuvimos suficiente tiempo para acomodar nuestros cuerpos mientras el camión se inclinaba lentamente sobre un costado y luego rodaba sobre su techo. En la cabina nos amontonábamos tres amigos afganos junto con Asaf, nuestro chofer, y yo. Escuché a otro amigo gritar detrás de nosotros en el fondo del camión mientras dábamos vueltas. Me di la vuelta con mis brazos soportando mi peso, y las manos aferradas al techo que se encontraba debajo de mí mientras me asomaba por la ventanilla trasera para ver como Amrullah gesticulaba de dolor.

Me cercioré de que estaba bien cuando nos detuvimos y pregunté en voz alta, - ¿están todos bien?

Mi amigo y guía, Mulla Muhammad respondió:

- ¡Alhamdulillah! ¡Loado sea Dios! Estamos bien.

Pude ver a Amrullah salir arrastrándose de debajo del camión y ponerse en pie. Él no parecía estar herido gravemente. Mullah Muhammad bajó la ventanilla y se arrastró hacia afuera. Siguiendo su ejemplo, todos hicimos lo mismo. Pude ver que un fluido goteaba de entre las juntas del capó del motor.

Mulla Muhammad dijo:

- Rápido, ¡debemos dar la vuelta el camión! ¡Vamos, rápido!

Nos unimos a él y lentamente los seis dimos la vuelta el camión y lo pusimos de costado. Con nuestros pies hundiéndose en la arena empujamos contra el peso, y pusimos el camión de vuelta sobre sus ruedas. El costado derecho estaba un poco abollado en un par de lugares en los que el camión se había enterrado en la arena., pero la pintura no estaba rayada. Amrullah anunció que se había quebrado la clavícula. Él sentía dolor aunque de todas maneras sonreía. Nuestro chofer intentó arrancar el vehículo pero no había suficiente carga en la batería. Pude ver que la antena estaba rota en su base.

Exclamé: - ¡Esto es terrible! Acabamos de entrar en territorio soviético y ellos esperan tener contacto de radio con nosotros. Tenemos que conseguir que el equipo funcione.

“Al menos el cable de la antena no está cortado”, fue mi pensamiento esperanzado.

Mulla Muhammad gritó: - Sikandar, no hay suficiente carga en la batería. Aunque quizás podamos empujarlo para que arranque.

Empujamos ligeramente el camión haciéndolo rodar hacia adelante unas pocas yardas hasta un terreno más firme. Había una ligera pendiente cuesta abajo que hizo más fácil empujar el camión para que arrancase. Después de algunas dificultades arrancó y lo mantuvimos en marcha durante un tiempo para cargar la batería. Era el líquido de la batería lo que yo había visto gotear desde el capó. Intenté de nuevo poner en funcionamiento la radio, pero fue en vano. De todos modos decidí que debíamos seguir a los efectos de llegar a tiempo al puesto de avanzada soviético antes de que oscureciera. Una hora más tarde nos detuvimos para probar la radio otra vez. Para nuestro gran alivio, y el de nuestro preocupado operador en el cuartel general de la ONU a varias millas de distancia, pudimos coordinar nuestra aproximación a la base soviética.

Era mayo de 1990 y, sin saberlo nosotros, la Unión Soviética estaba cerca del colapso. El año anterior los soviéticos habían retirado sus fuerzas de Afganistán y por primera vez desde la guerra iban a unirse a un esfuerzo de asistencia a la hambruna poco común. Ellos iban a ser socios en un proyecto internacional de asistencia que beneficiaría directamente a sus antiguos enemigos: los mujahidin. Un mes antes, después de perder muchas toneladas de grano por el saqueo realizado por funcionarios comunistas y especuladores en Sheberghan y sus alrededores, había solicitado que los suministros de trigo destinados para la asistencia a la hambruna se enviaran directamente a la frontera afgana fuera del alcance de las autoridades marxistas afganas. Lo único positivo respecto a nuestras pérdidas con el programa anterior era que ahora gran cantidad de trigo circulaba en los mercados de Sheberghan y Faryab, y bajaba los precios de los productos de primera necesidad. Pero el saqueo me había dejado sin poder hacer nada para llevar el trigo a las áreas más remotas del oeste de Faryab donde la hambruna era peor. Examiné la topografía de la frontera soviético-afgana en esta área para localizar un sitio de entrega ideal. Después de muchas negociaciones entre varios funcionarios de las Naciones Unidas y los soviéticos, acordamos coordinar grandes entregas de trigo al margen del sistema de carreteras que conecta a las ciudades. Esto nos permitiría entregar comida a un gran número de población que vivía fuera de los territorios controlados por los marxistas. Por fortuna, y de manera sorprendente, los soviéticos accedieron a permitir el transporte del trigo directamente sobre su desolada frontera con Afganistán en los Puntos cuarenta y cinco y cuarenta y seis.

Los Puntos cuarenta y cinco y cuarenta y seis no están señalados como tales en los mapas de Afganistán. Se encuentran situados al oeste de Maimana en la provincia de

Faryab donde una pequeña porción del Turkmenistán penetra en Afganistán. Las colinas, arenosas y barridas por el viento, se extienden hacia el norte de la frontera tan lejos como alcanza la vista.

Nosotros ya habíamos cruzado la frontera de la URSS cuando nuestro vehículo volcó, camino a un remoto puesto de avanzada soviético localizado algunas millas en el interior del Turkmenistán soviético. Yo me iba a reunir con oficiales militares soviéticos que llegaban procedentes de Bukhara para poder organizar la primera entrega de miles de toneladas de trigo a la coalición de la resistencia liderada por el Comandante General mujahidin Hafizullah Arbab. El comandante Arbab era el Comandante más poderoso en la zona. Él era un uzbeko, curtido en la lucha, de cuarenta y muchos años de edad, aunque parecía más viejo. Era una figura polémica en la región porque, aunque había tenido éxito en traer una relativa paz para una gran área al oeste y sur de Maimana en la provincia de Faryab, los rumores sostenían que había logrado esto después de asesinar a algunos de sus rivales, y de expulsar a otros de su territorio.

Las opiniones respecto a él variaban bastante. Mi amigo uzbeko en Peshawar, erudito y consejero, el Doctor Abdurrahim Tarshi, cuya familia era del área de Faryab, me dijo que el Comandante Hafizullah Arbab era muy buen hombre y que las acusaciones contra él eran exageradas. Mis propios tratos con el comandante me llevaron a considerarlo como uno de los líderes más confiables en toda la zona, aunque mis años en Afganistán me habían enseñado que ninguno de los comandantes era inocente a la hora de derramar sangre. Probablemente allí no había ningún hombre que, en algún punto, no hubiese hecho la guerra contra sus compatriotas, como mínimo en defensa propia. Lo que a mí me importaba era si yo podía o no conseguir comida para los miles de aldeanos necesitados que dependían de eso para sobrevivir.

Llegamos por la tarde al fortificado puesto de avanzada soviético. Pedí al chofer que se aproximara a la base lentamente, así nuestros distintivos de la ONU podrían ser identificados con claridad. Parecía no haber señal alguna que indicase problemas, así que conducimos directamente hasta la puerta principal. Nadie hablaba inglés en ese remoto puesto de avanzada y yo hablaba muy poco el ruso. Al final, un oficial del Tajikistán soviético que hablaba persa se presentó para traducir.

- ¿Tú, tú eres Robert Darr?- tradujo la pregunta el oficial para su pasmado superior. Me di cuenta de que su sorpresa se debía a mis ropas tradicionales afganas.

Mi trabajo, durante el último año entre los afganos de la región había tenido éxito en parte porque me había sumergido por completo en su modo de vida. Yo me había convertido en un nativo. Vestía el *shalwar-kamiz* (la ropa local afgana) para no sobresalir como un extranjero. Llevaba un turbante atado a mi manera, para no ser identificado con cualquier clan o región en particular, y me había dejado crecer una larga barba. La mayor parte de los residentes de esta parte de Afganistán nunca habían visto una persona con vestimenta occidental, excepto por los soldados soviéticos en uniforme y algunas de las fuerzas especiales de los mujahidines, quienes llevaban ropa

de camuflaje que habían saqueado. En verdad el talle ajustado que tienen las ropas occidentales les parece un poco obsceno a los afganos con una sensibilidad más conservadora.

Los rusos no estaban complacidos de verme con aspecto afgano, pero me dieron la bienvenida y me facilitaron la entrada al recinto. El puesto de avanzada era un lugar muy simple en medio de la nada. La única cosa de interés histórico era un viejo *haman*, un baño tradicional, el cual aún funcionaba. No había mucho más para ver aquí, pero de todos modos yo estaba fascinado. Esta era mi primera oportunidad para lograr conocer algo acerca de las vidas de las fuerzas soviéticas de las que yo tanto había leído. Los soldados rasos eran de etnias diversas, algunos de Asia Central. Con algunos de ellos pude conversar en persa. También me sentí satisfecho al comprobar que muchas toneladas de trigo ya estaban apiladas en el puesto de avanzada, listas para ser transportadas a la frontera a unas quince millas de distancia.

No mucho después de mi llegada, un par de helicópteros aterrizaron en la base y algunos oficiales de alto rango descendieron. Me dijeron que uno de ellos era un general. Era casi el atardecer y nos sentamos a hablar mientras se preparaba la cena. Al principio las conversaciones eran formales y llevó un tiempo alcanzar cierta fluidez. Con nerviosismo, los rusos charlaban de trivialidades, mientras intentaban llegar a conocer quién era yo exactamente y cómo es que un norteamericano había llegado a reunirse con ellos en un puesto de avanzada de una zona altamente restringida en la frontera afgana. Existía también la demora de la intervención del traductor. En respuesta a sus preguntas expliqué un poco acerca de mí mismo y no pasó mucho tiempo antes de que las preguntas se volvieran más íntimas y personales, sin duda alguna a causa del vodka que ellos ingerían. También me sirvieron algo de vodka. Dado que por lo general no bebía alcohol, lo tomé por una cuestión de cortesía y mantuve el vaso en mi mano por varias horas, y al final lo dejé medio vacío. Nos sirvieron algo muy simple, en su mayor parte comida enlatada de la cocina.

Cuando caía la noche, finalizamos nuestra comida de soldados y los oficiales continuaron ingiriendo su vodka. El general y su asistente se volvieron más estridentes y comenzaron a bromear respecto a mi apariencia.

El general se burló:

- ¿Por que te vistes de esa forma? ¡Te pareces a uno de esos bandidos! - Él se refería a los Mujahidines.

- La mayoría de los afganos en esta área remota no han visto a un occidental y no están acostumbrados a nuestras ropas-. Respondí con calma, sin ofenderme, tenía amigos rusos en los Estados Unidos y sabía cuan irracionales podían ser después de mucho vodka. Ya había tenido experiencia en este tipo de conducta, franca y extrema, que era normal en los rusos borrachos.

- ¿Como puedes comer su comida? ¡Son sucios!- los gritos del general se convirtieron en una gran carcajada, mientras intentaba ponerme a prueba.

- General, en verdad, a pesar de la hambruna la comida que ellos me sirvieron fue excelente. Sé que me dieron lo mejor que tenían. Toda fue comida deliciosa y fresca -. Respondí un poco más molesto e hice hincapié en esto último mirando de modo provocador a la mesa donde yacía la comida enlatada que acababa de servir el cocinero ruso.

Los ojos del general se estrecharon y sus orejas parecieron echarse un poco para atrás mientras le daba una vuelta de tuerca más a su intento de desafío.

- ¡Sabemos muy bien que vosotros los norteamericanos habéis estado todo este tiempo ayudándolos! Tú vistes como ellos y vives entre ellos. ¡Debe haber cientos de vosotros! -dijo enojado.

Me preguntaba si la conversación no se estaba poniendo demasiado polémica. Me recordé a mí-mismo que yo estaba allí como una especie de diplomático para organizar la entrega de ayuda a la hambruna. El hecho de que fuese norteamericano debería haber sido una consideración secundaria. Pero yo también me estaba acalorando.

- En verdad, por lo que yo sé, soy el único norteamericano en toda esta región de Afganistán. Y debería saberlo, dado que aquí he estado viajando de aldea en aldea durante algún tiempo.

-¡Usted ha estado abasteciéndolos con armas!- Exclamó de repente el general. Miré a sus amigos alrededor para medir el nivel de preocupación. Ellos aún se estaban riendo su fanfarronada así que no me permití involucrarme demasiado.

Alzando la voz le respondí:

- En verdad, aún me resta ver algún arma norteamericana en el área. Sin embargo los mujahidines si parecen haber capturado con facilidad muchas de sus armas y vehículos- afirmé, dándome cuenta al decir esto que finalmente podía ser que me hubiese pasado de la raya.

El general se burló ruidosamente y con rapidez dijo algo que no me tradujeron. Él estaba visiblemente molesto por mi respuesta. Se estaba haciendo tarde; yo estaba cansado y un tanto trastornado por la conversación. Me levanté y les di las gracias a todos ellos mientras me retiraba a descansar.

A la mañana siguiente en el desayuno el general, a pesar de una resaca evidente, estaba de mejor humor. Me preguntó como había dormido. Le respondí que yo estaba tan exhausto al final de la noche que dormí como un tronco. Le pedí disculpas por cualquier cosa que yo hubiera dicho y que pudiera haberlo molestado. Él sonrió.

- Sé que probablemente, después de lo que dijiste anoche respecto a tu vida con esos afganos, tú no necesitas nada de nosotros, -dijo riéndose- pero por favor pídemle si te puedo suministrar alguna cosa que pudiera hacer más cómoda tu estancia en la zona.

- Bien, hay algo. Estoy sin café. Me encanta el café y los afganos no lo beben. - Respondí

Él sonrió y me dijo que encontraría algo de buen café para que pudiera llevármelo de vuelta al cuartel general del Comandante Hafizullah Arbab.

De repente se puso más serio y quiso hablar acerca de la misión. Me habló con franqueza acerca de su preocupación de que algún incidente pudiera ocurrir si los preparativos no se hacían con cuidado.

- Señor Darr, estoy de acuerdo en ayudarle a llevar a cabo su petición de distribuir el trigo directamente desde nuestra frontera, pero sólo con ciertas garantías de su lado. El primer y más importante punto es que usted debe lograr que los mujahidines, cuando vengan a la frontera a recoger el trigo, estén desarmados.

Pregunté: - ¿Y sus fuerzas estarán armadas?

- Sí, desde luego, ellos tendrán que estar armados.

- Esto será difícil de acordar. No estoy seguro de que los mujahidin confiarán en ustedes, pero si comparto sus preocupaciones de que no haya violencia en absoluto. Eso sería desastroso para todo el esfuerzo de asistencia. ¿Cómo impedirá que sus hombres no reaccionen en forma desmedida ante cualquier incidente?

- Solo enviaremos a nuestras mejores fuerzas que están altamente entrenadas. Le prometo que nada sucederá a menos que comience del lado de ellos. -Respondió.

- Entonces queda tan solo una cosa que es necesario que aclaremos -dije-. En el pasado, los mujahidines han capturado muchos de sus vehículos. Esos camiones tendrán que ser usados para transportar el trigo desde la frontera de vuelta al interior de Afganistán. Usted tendrá que acceder a no confiscar esos vehículos.

Ante mi afirmación el general gruñó y guardó silencio por unos instantes.

- Muy bien. Si tú puedes lograr que ellos vengan sin armas, podemos poner en marcha la operación.

Al día siguiente mi pequeño equipo regresó al cuartel general de Hafizullah Arbab, a unas pocas horas de distancia en Almar. Llegamos bajo un cielo rojo bermellón brillante justo cuando el sol se estaba poniendo. Un grupo muy grande de jefes locales y comandantes mujahidines del área se habían reunido para discutir la operación de distribución del trigo. Ellos estaban organizados en filas que se extendían más allá de la puerta principal. Allí debía haber un par de cientos de personas. Saludé con la cabeza mientras pasaba entre ellos y me dirigí al asiento preparado para mí, al lado de Hafizullah Arbab.

Él comandante Arbab se levantó y me saludó cálidamente. Nos sentamos para degustar una comida deliciosa de cordero *pilau*. Después de una hora de cortesías superficiales, le expliqué la situación: sus hombres tenían que ir desarmados a la frontera, para recibir allí el trigo. Su cara se puso tensa al recibir estas noticias.

Comenzó diciendo: - Sikandar, he luchado contra los rusos durante muchos años, y puedo decirte que no son de fiar. Tenemos mucha experiencia con ellos. Ellos han hecho muchos acuerdos en el pasado, ceses del fuego por ejemplo, pero a menudo los incumplieron. Ellos no honran los acuerdos. ¿Por qué debería creerles ahora?

- Señor Comandante, la diferencia es que ellos saben que esta es una operación de la ONU, que documentará oficialmente -de principio a fin- todo el esfuerzo. Yo estaré allí con sus hombres, justo en medio de ellos. Estaré fotografiando la totalidad del evento. Le prometo que estaré allí todo el tiempo con sus hombres. Si los rusos rompen el acuerdo y comienzan la lucha, el mundo entero lo sabrá. Esa es la diferencia. No creo que ellos se arriesgarán a tal cosa.

El comandante estuvo en silencio por un largo tiempo.

- ¿Así que tú no crees que nos atacarán o tomarán los vehículos que les hemos capturado?

- Realmente pienso que no lo harán. En verdad estaría sorprendido si así fuera.

Hafizullah Arbab dijo que lo pensaría. Ese atardecer en Almar experimenté uno de los momentos más extraordinarios de todo el tiempo que pasé en Afganistán. En verdad me dio esperanza para el futuro de ese país. Los muchos delegados de diferentes partes de esta región rural discutieron entre ellos, durante toda la noche, el plan de distribución del trigo. Esa noche y a la mañana siguiente, representantes de las diferentes comunidades enviaron emisarios para consultarme acerca de las necesidades de sus áreas. Les expliqué el problema de entregar trigo a través de las ciudades, y como la única opción que quedaba era la de suministrárselos desde este lugar en la frontera. Ellos actuaron como una asamblea y aplicaron su forma tradicional de debatir en

consejo, presentar argumentos, para luego votar. En conjunto llegaron a decisiones que prepararon el terreno para un exitoso esfuerzo de asistencia.

A la mañana siguiente me reuní otra vez con un cansado Hafizullah Arbab. Él me saludó:

- Sikandar, la paz sea contigo. He estado meditando respecto a lo que dijiste anoche. He decidido aceptar todo lo que tú acuerdes para nosotros. Aunque debería decir que mi confianza no descansa en los rusos, sino en ti.

- Comandante Arbab, gracias por tu confianza. –Respondí-. Haré todo lo que pueda para merecerla y cumplir con este trabajo. No estoy preocupado. En verdad pienso que no habrá problemas por parte de ellos.

Unos pocos días más tarde llegamos a la frontera en una caravana compuesta mayoritariamente por camiones rusos capturados. Las Naciones Unidas habían acordado pagar los costos de transporte, tanto del combustible como la paga de los chóferes de los camiones que llegaron de varias ciudades de la provincia. Algunos conductores me dijeron que en verdad los camiones no fueron capturados sino comprados a oficiales rusos que querían un poco de dinero extra.

Cuando llegamos a la frontera, avancé con mi vehículo de la ONU hacia la parte delantera de la caravana y me aproximé al puesto de los oficiales rusos. Ellos vestían el uniforme de las fuerzas especiales rusas. Parecían un poco nerviosos, por lo cual les aseguré que había estado con los mujahidines desde el amanecer y que no había visto armas.

Para mi alivio, la operación transcurrió sin incidentes. Tuve mi cámara todo el tiempo y tomé docenas de fotos de ese momento histórico. Los mujahidines desarmados trabajaban justo a la par de las fuerzas especiales rusas que portaban sus armas automáticas. Los mujahidines cargaron los sacos de trigo con rapidez y en calma.

El único incidente desagradable fue cuando descubrí un caso de hurto entre los mujahidines. Uno de mis asistentes vino y me alertó sobre el delito. Gul Aqa, el hermano de un jefe local nómada llamado Khan Aqa (miembro de la coalición de mujahidines), estaba casi fuera del alcance de la vista en uno de los extremos de la ajetreada operación; él dirigía a sus hombres que habían llegado subrepticamente en camellos para que cargasen en ellos sacos de trigo. El acuerdo forjado por la coalición específicamente prohibía dividir el trigo hasta que no fuese llevado al cuartel general en Almar. Perdí por completo los estribos y el auto control. Me había indignado por completo con este tipo de triquiñuela que desde el comienzo había acosado la operación de asistencia en Sheberghan y los alrededores. Corrí hacia Gul Aqa como un toro enfurecido y comencé a gritarle a viva voz.

- ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Esto no es un juego! ¡Cómo te atreves a robar la comida de gente que se está muriendo de hambre!

Al oír estas palabras, la gente de Gul Aqa me rodeó. Creí ver a uno de ellos extendiendo su mano para tomar algo de una de las bolsas en los camellos, quizá un arma. Mulla Muhammad se abalanzó sobre ellos y les advirtió que retrocedieran. Él en voz alta les recordó su compromiso con Hafizullah Arbab. Pronto trajo la calma a la tensa situación. Por fortuna, no había rusos cerca y nada más resultó de eso excepto que yo había dañado la imagen de Gul Aqa. Hacer esto era una cosa peligrosa en Afganistán.

Todavía estaba agitado cuando, esa tarde, conducíamos de regreso al frente de los camiones que, cargados con muchas toneladas de grano, se habían retrasado algunas millas inmersos en nubes de polvo. Mulla Muhammad estaba de buen humor. Mientras me daba un codazo cómplice bromeaba:

- Sikandar, tú eres como un afgano. Siempre estás listo para una pelea, ¿no es verdad?

- Mulla Muhammad, lo siento, pero me pone furioso ver que algo así suceda. Estamos aquí para traer comida a aldeanos que se están muriendo de hambre. ¿Cómo puede alguien pensar que es tiempo de obtener beneficios? Ha sido tan duro reunir a esta coalición afgana, que aún es tan frágil. Lo último que necesitamos es que se corra el rumor de que algún miembro está consiguiendo más que los otros.

Él se echó a reír:

- Me agrada ver que te enfureces de esa manera. Tú eres como uno de los nuestros.

La verdad es que yo estaba exhausto por las exigencias de la misión. No podía permitirme cometer errores de juicio como el que acababa de ocurrir. Era difícil hacer que las cosas funcionaran, a cada paso había un nuevo problema. El robo y la irresponsabilidad se convirtieron en una parte previsible durante casi todos los días de la operación. Y los problemas no eran solo con los afganos. Las Naciones Unidas tenían su propia parte de estupidez institucionalizada. Al traer las entregas de trigo directamente a través de la frontera soviética, estábamos obligados a coordinar nuestros esfuerzos con el personal del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que trabajaba en la Unión Soviética, fuera de las oficinas de la ONU. Con el tiempo llegué a ver que ellos tenían sus propios objetivos, los cuales no concordaban con nuestras operaciones de asistencia de la UNOCA. El personal de la base soviética del PNUD estaba bajo presión de los rusos para que apaciguaran a los afganos que vivían justo en su frontera. Quedó en evidencia, después de que algunas entregas no autorizadas de trigo se hicieran a grupos tribales en la frontera soviético-afgana, que el personal del PNUD estaba pasando por alto los acuerdos que cuidadosamente habíamos elaborado con los miembros de la coalición. Sabía que la ruptura de esos acuerdos

traería problemas, y ciertamente así ocurrió. Cuando otros jefes descubrieron que una parte mayor era entregada a aquellos cercanos a la frontera, protestaron y amenazaron con retirarse de la coalición.

A pesar de estos problemas, la primera entrega fue un verdadero éxito. Los días siguientes estuve en Almar documentando la distribución del trigo a varios miembros de la coalición. Pude ver a cientos de representantes de las aldeas recibiendo sus raciones de trigo.

Mientras hacía el viaje de regreso a Mazar-i Sharif me esperaba otra sorpresa agradable. Al pasar otra vez por Darzab, permanecí con el comandante de Hesbi Islami, Ingeniero Nasim. El Ingeniero Nasim era un inteligente comandante uzbeko que controlaba las ciudades grandes de Darzab y Belcheragh.

Anteriormente, cuando había pasado a través de su territorio en mi viaje a la frontera rusa, hablamos en detalle respecto a las condiciones bajo las cuales el trigo sería distribuido en la región bajo su jurisdicción. Este iba a ser un programa de trabajo por alimentos. El lugar más obvio para comenzar era la reparación de caminos. En las Naciones Unidas éramos muy conscientes de que se necesitaban mejores caminos para mejorar los viajes y la economía antes de que los refugiados pudieran retornar a sus aldeas.

Solo había estado ausente alrededor de dos semanas y una enorme cantidad de trabajo ya se había realizado a lo largo de millas de camino. ¡Y el trabajo había comenzado sin que hubiéramos entregado un solo saco de trigo al Ingeniero Nasim! Estaba encantado. Me encontré con él varias veces durante los siguientes dos días para discutir la entrega de trigo en su territorio. Él señaló que sus entregas no necesitaban venir de la frontera, que podían venir directamente a través de Sheberghan.

- Ingeniero Nasim, tú conoces cuantas dificultades he tenido para traer el trigo a través de ese lugar ¿Cómo te propones lidiar con esos problemas? –le dije.

Él respondió:

- Por favor, Sikandar, debes comprender que en Afganistán tenemos maneras de hacer las cosas que te sorprenderían. Si nosotros acordamos poner menos presión militar sobre el gobierno comunista en Sheberghan, ellos no saquearan nuestro trigo.

- Ingeniero Nasim, estoy feliz de intentarlo si tú crees que es posible. Pero debo admitir que estoy sorprendido por lo que tú estas diciendo, sobre todo por la forma despectiva en que el Gobernador Maihanparast habló respecto a los mujahidin hace un mes atrás cuando estuve en Sheberghan.

- Sikandar, las cosas no son lo que parecen. Ahora los soviéticos se han ido y estamos intentando arreglar las cosas entre nosotros.

Me sentía feliz al pensar que nuestro programa, que fue concebido para traer alivio a la hambruna, pudiera contribuir a la cooperación entre los grupos enfrentados.

Al día siguiente conducimos de vuelta a nuestra oficina en Mazar. Todo iba bien hasta que llegamos al área que rodea a Balkh. Uno de los así llamados grupos de milicias estaba instalado en el camino e hicieron señas con la mano para que nos detuviéramos. Un par de hombres vinieron con sus AK-47 apuntándonos. Nuestras ventanillas estaban abiertas y exigieron saber quiénes éramos y adonde íbamos. El hombre que estaba en mi lado del camión metió su fusil a través de la ventanilla. Yo me enfadé. Puse mi mano sobre el arma y la aparté hacia otro lado.

Le respondí bruscamente: -¡No necesitas apuntarnos con esa arma para hacernos preguntas!- Él no reaccionó pero su rostro se endureció. Cuando se dieron cuenta de que éramos trabajadores de la ONU, nos dejaron pasar.

Asaf, mi chofer, dijo:

- Sikandar, estás muy cansado. Pero debes ser más cuidadoso. No todos los que sostienen un arma tomarán tus palabras de la misma manera en que este hombre lo ha hecho.